

ESCLAVITUD E ILUSTRACIÓN¹

Los orígenes y la naturaleza del antiesclavismo son bazas valiosas para los intentos rivales por apropiarse del considerado «capital moral» del abolicionismo. La conmemoración británica, el pasado año, del bicentenario de la supresión en 1807 del tráfico de esclavos, la invocación de Mitterrand de la emancipación revolucionaria francesa en 1989 y, sin lugar a dudas, las reivindicaciones que se harán de Lincoln, el Gran Emancipador, en 2009 –bicentenario de su nacimiento–, son todos ellos ejemplos relevantes. Estas conmemoraciones son instructivamente selectivas: 2007 también fue el bicentenario de la supresión en Estados Unidos del tráfico atlántico de esclavos, pero apenas se hizo alusión a ello (en cambio, la fundación de Jamestown se celebró con un evento que reunió a la reina británica y al presidente de Estados Unidos). El gobierno británico se contentó con celebrar la supresión del tráfico de esclavos, pero ignoró el tercer centenario del Acta de Unión de 1707 entre Escocia e Inglaterra, un tema delicado, dado el gobierno nacionalista en Edimburgo. Los planes propios de Haití para celebrar el bicentenario de la República en 2004 concluyeron, por supuesto, bruscamente cuando las fuerzas especiales de Estados Unidos y Francia depusieron al presidente del país.

Dark Side of the Light. Slavery and the French Enlightenment de Louis Sala-Molins apareció por primera vez en francés en 1992. Se proponía desinflar el entusiasmo autocomplaciente promovido por los círculos oficiales franceses, de Mitterrand hacia abajo, durante el bicentenario. Más que articular un relato, el libro organiza un ataque iconoclasta contra las credenciales antiesclavistas y antirracistas de la Ilustración y la Revolución. La crítica de Sala-Molins no adopta la forma del cuestionamiento adorniano o foucaultiano de la consagración de la Razón o del Conocimiento. Insiste, en cambio, en que los mejores representantes de la Ilustración –y los momentos más radicales de la Revolución– no cumplieron en absoluto con los principios universales que ellos mismos habían expuesto. Este extenso ensayo

¹ Louis Sala-Molins, *Dark Side of the Light. Slavery and the French Enlightenment*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 2006, 165 pp.; *Les misères des Lumières. Sous la raison, l'outrage*, París, Robert Laffont, 1992 (reed., París, Homnispheres, 2008).

tiene tres capítulos medulares titulados «Condorcet “Lamenting”», «The Market of Equals» y «Of Men and (Under)Dogs», que entrelazan una diversidad de figuras y textos de la Ilustración: las *Réflexions sur l’esclavage des nègres* de Condorcet, la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano de 1789 y la sociedad abolicionista francesa Amis des Noirs, entre otros. Para finalizar, Sala-Molins se ocupa del espectáculo de las celebraciones del bicentenario de 1989 en París y denuncia duramente la autoindulgente invocación de las *Lumières* por el gobierno de Mitterrand: «transmitió al público de modo simplista que el logro de la Ilustración era evidente: los negros no eran nada; Francia los convirtió en seres humanos».

La esclavitud es una institución antigua, conocida por la mayoría de las culturas y sancionada por la filosofía clásica y las religiones oficiales. La gran mayoría de los esclavos han sido infelices e incluso desgraciados, pero la esclavitud de las plantaciones en el Nuevo Mundo fue particularmente intensa, en parte porque estaba fuertemente racializada y en parte porque se encontraba sujeta a las poderosas nuevas fuerzas y ritmos de la acumulación y del capitalismo de consumo. A finales del siglo xvi, Jean Bodin observó que la gente corriente sentía aversión por la institución, pero hasta la década de 1760 no hubo un rechazo claro de ella por parte de los filósofos o de los teólogos. El primer texto que repudió de forma terminante la esclavitud como categoría social fue un capítulo del jurista escocés George Wallace, en un libro titulado *A System of the Principles of the Laws of Scotland* (1760); traducido y apenas editado, el capítulo aparece como entrada bajo el término «Esclavage» en la *Encyclopédie*. Por la misma época, el cuáquero Anthony Benezet hizo una condena más pormenorizada del tráfico de esclavos y su perniciosa influencia en África, y John Wesley publicó su muy crítica *Thoughts upon Slavery* en 1774. En los mundos francoparlantes e hispanoparlantes se encontraría un aparentemente crudo mensaje antiesclavista en la repetidamente reimpresa *Histoire des Deux Mondes* (1770) del abate Raynal. Un pasaje de este libro, escrito por Denis Diderot y Jean de Pechemaja, esperaba con impaciencia el momento en que un Espartaco negro surgiera en el Nuevo Mundo para vengar los agravios cometidos contra su pueblo.

El tardío antiesclavismo del siglo xviii era, sin embargo, algo incompleto, incluso superficial. Wesley predicó sus argumentos antiesclavistas a los colonos, con la esperanza de que respondieran liberando a sus sometidos. Los patriotas en América del Norte no prestaron atención a los esclavos. Se cree que Thomas Paine estuvo tras la Ley de Emancipación de Pensilvania —llamada con más propiedad la Ley de Libertad de Vientres— de 1780, que liberaría a los hijos de madres esclavas cuando llegaran a la edad de 28 años. Sin embargo, la esclavitud era muy marginal en ese estado y en 1787 la Constitución reconoció a los propietarios de esclavos tanto a escala federal como en los estados esclavistas. Como muchos de los dirigentes de la Revolución eran hombres de la Ilustración, su fracaso en dar un paso importante contra la esclavitud allá donde importaba —en la zona de las plantaciones— atestiguaba el enorme abismo que va de las

palabras a los hechos. Los abolicionistas británicos no se vieron sometidos a una prueba tan severa, ya que no estaban fundando un nuevo Estado, pero esperaban responder al desafío de la Revolución americana dando pasos decisivos contra la esclavitud en el Nuevo Mundo. Creían que acabar con el tráfico de esclavos en el Atlántico debilitaría la esclavitud y, sabiendo que ello generaría menos oposición, prefirieron centrarse en esta opción en lugar de defender directamente la causa de la emancipación. El pánico contrarrevolucionario frenó, a comienzos de la década de 1790, la primera oleada de agitación contra el tráfico de esclavos; de este modo se aplazó el éxito hasta después de la Revolución haitiana de 1804 y se demoró toda campaña para la emancipación de los esclavos en el mundo angloparlante hasta las décadas de 1820 y 1830.

Los patriotas radicales y los evangélicos que dieron vida al abolicionismo, tanto británicos como americanos, fueron neutralizados. El reto quedó, entonces, en manos de los protagonistas de la Ilustración y la Revolución francesa. Al enfrentarse a la esclavitud, los filósofos ilustrados se dieron por satisfechos, con demasiada frecuencia, con una floritura retórica que no tenía un carácter programático concreto. En *Esprit des Lois* Montesquieu parodió las justificaciones racistas de los colonos para mantener la esclavitud. No obstante, la ironía es una sobrevalorada arma de crítica; en este caso no llevó a ninguna parte e incluso algunos apologistas proesclavistas la adoptaron al pie de la letra. Como anterior presidente del *parlement* de Burdeos, a Montesquieu le movía tanto la desconfianza en los ingobernables y desobedientes *colons* franceses, con su preferencia por el negocio del contrabando con América del Norte a costa de los comerciantes girondinos, como cualquier inclinación abolicionista.

Sala-Molins menciona de paso las fantasías raciales de Voltaire, las cuales comprometieron su no demasiado enérgica condena de la esclavitud. En efecto, un generalizado, aunque no necesariamente nuevo, sentimiento racista contribuyó a amortiguar el impacto del abolicionismo. Los abolicionistas rechazaron las justificaciones tradicionales de la esclavitud, en particular la creencia sostenida por algunos judíos, musulmanes e intérpretes bíblicos cristianos de que la maldición de Noé sobre Canaán, o «los hijos de Cam», proporcionaba motivos para la esclavización de todo un grupo de descendientes. Sin embargo, aún eran propensos a creer en las ideas paternalistas de los africanos salvajes e incivilizados o, si eran «ilustrados», en las nociones pseudocientíficas que supuestamente distinguían una jerarquía de razas, con los negros relegados a la escala más baja (Emmanuel Chukwudi Eze ha editado un volumen titulado *Race and the Enlightenment* que recopila muchos ejemplos). *Dark Side of the Light* toma como punto de partida una obra de Michèle Duchet, *Anthropologie et histoire au siècle des Lumières*, que analiza y documenta este fenómeno. Probablemente es cierto que las ideas raciales contribuyeron a debilitar algo más las versiones laicas del antiesclavismo que las religiosas, aunque el compromiso hacia los sagrados intereses de la propiedad y las supremas reivindicaciones del interés nacional también desempeñaron su papel.

No obstante las medrosas, equívocas o retóricas especies de abolicionismo, la Ilustración francesa también dio algunas notas más audaces y engendró como mínimo un plan concreto para acabar con la esclavitud, no sólo en las áreas donde era escasa –como en Pensilvania–, sino en las zonas de plantación. Además, el pensamiento de la Ilustración se vería involucrado en el desarrollo de la gran Revolución francesa y en la posterior radicalización de la noción de los derechos humanos. Condorcet, quien esbozó un esquema para abolir gradualmente la esclavitud en sus *Réflexions sur l'esclavage des nègres* (1780) y ayudó a fundar la sociedad Amis des Noirs, es una figura clave aquí. Primero como miembro de la Asamblea Nacional y después como su presidente, fue un político destacado al tiempo que un líder intelectual. Defensor de los derechos de las mujeres, judíos y negros, y partidario de la seguridad social universal, resulta un personaje atractivo. Sin embargo, desde el punto de vista de Sala-Molins, es básicamente un fallido profeta del progresismo.

Dark Side of the Light se centra en los matices sorprendentemente raciales de las fórmulas y reflexiones de Condorcet. La dificultad de Condorcet era resultado directo del hecho de que, en cierta medida, él quería acabar con la esclavitud más que simplemente denunciarla. Expuso de forma detallada la depravación y el salvajismo de los terratenientes coloniales y de sus capataces, pero fue reacio a arriesgar la pérdida de las valiosas colonias. De igual forma advirtió contra el hecho de subestimar la malicia de los propietarios de esclavos, que no se pararían ante nada si veían atacadas sus riquezas. La respuesta, instó, era promulgar una ley que fuera recortando su poder de modo imperceptible y les diera amplia compensación (pagada por los esclavos, no por el ya maltrecho bolsillo público). Como en Pensilvania, la ley de emancipación consistía en liberar a los hijos de madres esclavas, pero sólo cuando hubieran cumplido los treinta y cinco años. Los esclavos que ya tuvieran quince años serían liberados a los cuarenta. Los esclavos «temporales» nacidos de madres esclavas deberían servir a los señores de sus madres siete años más que los beneficiarios de la ley de Pensilvania. A esa edad, más de la mitad habría muerto. Como los hijos nacidos de las hijas aún no liberadas de madres esclavas tendrían que esperar también hasta que cumplieran los treinta y cinco para ser liberados, el proceso entero de emancipación no se completaría hasta pasados setenta años. Mientras tanto, los «degenerados» terratenientes y sus notoriamente crueles capataces fueron invitados a convertirse en los tutores y guardianes de la progenie de los esclavos. Los funcionarios coloniales debían llevar a cabo inspecciones para asegurarse de que las esclavas embarazadas no eran sobrecargadas de trabajo con el fin de provocarles abortos.

El plan sólo suscita el desdén y la burla de Sala-Molins. Elaborado en un tiempo en el que Condorcet era el protegido de Turgot y publicado bajo seudónimo como la obra de un pastor protestante suizo, «M. Schwartz» de Berna, su pretensión era la de influir en el Ministerio de la Marina, que era el responsable de la administración colonial. Podría decirse que todo el ejercicio refleja la locura de pretender reformar un sistema irreformable, o

de proponerse acabar con la esclavitud a través de los mecanismos de una administración burocrática; incluso la ley de Pensilvania llegó únicamente en un momento de extraordinaria radicalización social y presión militar. Condorcet volvió a publicar su panfleto de 1780, sin cambiar apenas pero bajo su propio nombre, en 1788 como contribución a la campaña de la nueva sociedad abolicionista, la Amis des Noirs, fundada ese mismo año. La prudencia de las propuestas es el resultado de tres consideraciones decisivas: el imperativo de mantener el flujo del producto agrario de la colonia a la metrópoli; la inquietud por apaciguar a los propietarios de esclavos, y el desasosiego con respecto al futuro comportamiento de unos seres supuestamente degradados por la esclavitud. Si eran liberados, los antiguos esclavos podrían querer abandonar la economía de la plantación. Condorcet recomienda que, antes, se idee un nuevo modelo agrícola. Su propuesta consistía en cercar los ingenios azucareros con granjas satélite que adaptarían la producción al trabajo libre remunerado y al cultivo independiente, idea que anticipó algunos desarrollos posteriores. Sin embargo, la insostenible gradualidad de su plan de emancipación pospuso cualquier resultado a un futuro remoto.

Condorcet y los demás abolicionistas no estaban preparados para afrontar la emancipación inmediata o las políticas que pudieran poner en peligro la pérdida de las colonias. Sin lugar a dudas, los miedos raciales desempeñaron un papel fundamental en el asunto. En aquel tiempo, alrededor de un 60 por 100 de los esclavos en Saint-Domingue, la mayor y más rica colonia francesa, eran de origen africano. ¿Era seguro liberarlos de la noche a la mañana? ¿Y eran extranjeros o verdaderos franceses? Sala-Molins monta un fulminante ataque contra las contradicciones en las que se enreda el gran filósofo y humanista. También evoca de modo convincente el «blanqueo cultural» al que el esclavo tendría que someterse antes de ser juzgado listo para liberarse de la esclavitud. Sin embargo, la inusual sugerencia de Condorcet de que a los esclavos traídos ante los tribunales coloniales se les permitiera elegir entre un juez blanco o de color es despreciada, cuando ciertamente requiere una explicación (sería relevante citar el hecho de que los propietarios de color eran juzgados más leales que los *blancs* de las colonias por los observadores metropolitanos).

Otros estudiosos han demandado un reconocimiento a la Ilustración por la idea de una «agencia cultural» humana universal común a todos los pueblos; en su libro de 2003, *Enlightenment Against Empire*, Sankar Muthu sostiene que, a pesar de sus equivocaciones, los trabajos de Diderot, Kant y Johann Gottfried Herder establecieron las bases para una crítica eficaz del colonialismo europeo. En cambio, Sala-Molins se centra sobre todo en lo negativo. Su propia trayectoria intelectual ha sido poco corriente. Nacido como Lluís Sala i Molins en Cataluña en 1935, estudió en París y Friburgo, y publicó su primera obra en 1971 sobre la filosofía del amor del escritor mallorquín del siglo XIII Ramón Llull. Luego dirigió su atención hacia las doctrinas legales de la Inquisición —*Le dictionnaire des inquisiteurs, Valence 1494* apareció en 1981—, antes de ocuparse de la historia de la es-

clavitud. *Le Code Noir ou le calvaire de Canaan*, de 1987, fue su primera contribución a este campo. El estilo de Sala-Molins como historiador de las ideas es tan poco convencional como sus registros. *Dark side of the Light* no sólo es una crítica inmanente, sino que con frecuencia imita el estilo de los filósofos ilustrados para burlarse de sus deficiencias y de sus lamentables o incluso mezquinos compromisos (Diderot y Raynal recibían salarios del Ministerio de la Marina). Sus chanzas y polémicas le llevan a veces a personificar y poner voz a un esclavo africano, que da rienda suelta a percepciones amargamente sarcásticas de la falsedad e hipocresía del colonizador y del estadista metropolitano.

No me interesan, puesto que soy un esclavo tonto, los cálculos que ahora preocupan al fisiócrata, por muy reveladores e ingeniosos que puedan ser. Le dejaré eso a los *philosophes* y a los señores de los esclavos. Juzgaré los resultados por la duración de mi jornada de trabajo, la dentellada del látigo o la dulzura de las caricias.

Tal prosopopeya puede ser efectiva en un sentido en el que un estilo más calmado, más analítico, no lo sería. Las diatribas del autor, a veces coloquiales y a veces oscuras, han sido bien traducidas en general. Sin embargo, su invectiva reemplaza a una documentación detallada que determinaría la naturaleza de la esclavitud colonial francesa y de su suerte en la época revolucionaria. Una obra que provee mejor este elemento ausente y certifica la gran importancia filosófica de los acontecimientos en el Caribe francés en esa época, es *Triomphe et mort du droit naturel en Révolution, 1789-1795-1802* (1992), de Florence Gauthier.

Le Code Noir ou le calvaire de Canaan de Sala-Molins fue una edición del decreto de Luis XIV de 1684, normalmente conocido como el Código Negro, que pretendía regular el nuevo régimen esclavista, aunque Sala-Molins no justifica su título citando ninguna referencia a la maldición de Noé en el edicto o ninguna razón para vincular el decreto a esta leyenda. El Código Negro fue, en realidad, un intento bastante ineficaz, promovido por madame de Maintenon, la amante del rey, para moderar las prácticas rapaces de los colonos franceses exigiendo observancia de los preceptos de la piedad católica. Aunque las ulteriores nociones republicanas sobre la «misión civilizadora» de Francia se pueden comparar a esto, las dos doctrinas no se deben equiparar de una forma simple, como aconseja Sala-Molins. Además, afirma que el Código Negro no fue anulado por la Revolución. Es cierto que, a pesar de la repetida proclamación de los derechos del hombre, en los primeros años de la Revolución no se tomó ninguna medida contra la esclavitud; ni tan siquiera se acabó con las subvenciones disfrutadas por los poseedores de esclavos. Los Amis des Noirs optaron, en cambio, por dar prioridad a una campaña para premiar con la ciudadanía de pleno derecho a los propietarios de color libres de las colonias, lo que fue duramente contestado por la mayoría de los *colons* blancos. Aquellos hombres de color que tenían propiedades suficientes para ser calificados como «ciudadanos activos» poseían a su vez esclavos, en una pro-

porción que suponía un quinto de los esclavos en Saint-Domingue. Sin embargo, una vez elaborada una constitución por la República «una e indivisible», el asunto cambiaría. Surgió una facción jacobina que mantenía que no debía haber leyes especiales solamente para las colonias.

Sala-Molins estima las reivindicaciones sobre el impacto emancipatorio de la Revolución francesa en las colonias no sólo exageradas, sino completamente espurias. Escribe sobre «la farsa de la abolición del Año II», como si tuviera que negar la más mínima virtud a los despreciados revolucionarios. Con todo, las medidas de 1794 realmente estabilizaron y fortalecieron la revuelta de los «jacobinos negros» de Saint-Domingue y abrieron el camino para una alianza con las columnas comandadas por Toussaint Louverture (todavía general español en pluvioso del Año II, la fecha del decreto de emancipación revolucionario francés). Estas fuerzas rebeldes procedían de la gran revuelta de los esclavos de 1791. Sala-Molins, con toda razón, rechaza la idea de que los esclavos rebeldes hubieran necesitado el estímulo de las doctrinas de la Ilustración o de la Revolución. Es bastante probable que el brote hubiera sido instigado por agentes monárquicos empeñados en desacreditar y sabotear la Revolución. Aunque los rebeldes, como se demostraría, actuaron en esencia por sí solos. Cualquiera que fuera la chispa inicial, una enorme insurrección de esclavos invadió pronto gran parte de la llanura norte de la isla. Sin embargo, sus cabecillas no estaban comprometidos con la emancipación general. Negociaron primero con las autoridades francesas y luego con las españolas, exigiendo la libertad de los que estaban directamente implicados más que la emancipación general. De hecho, los principales líderes aceptaron, en un momento dado, un plan que hubiera liberado sólo a cuatrocientos. Aunque un puñado de comandantes negros permanecían independientes, la mayoría de ellos, Toussaint incluido, se alistaron como oficiales de la Corona española. Esto les vinculaba de forma implícita al orden esclavista.

Para desafiar a la esclavitud, Toussaint necesitaba romper con España. Por la misma razón, las autoridades republicanas francesas necesitaban romper con la esclavitud para ganar el apoyo de los rebeldes negros y derrotar a los hacendados monárquicos, que en 1793 empezaron a recibir enormes refuerzos de una expedición británica. El decreto de 1794 no fue una farsa, sino un intento audaz de superar esta crisis. Sala-Molins escribe que, «el 29 agosto de 1793, Toussaint Louverture impuso a Sonthonax [el comisionado republicano] la abolición de la esclavitud en Saint-Domingue». En efecto, es cierto que Toussaint y Sonthonax promulgaron decretos en esa fecha, pero ambos estuvieron precedidos por un decreto promulgado en un encuentro de masas de la Comuna de Cabo Haitiano. (Ahora contamos con informes más detallados de los que estuvieron a disposición de Sala-Molins: véase *Avengers of the New World*, 2004, de Laurent Dubois, y un libro editado por Florence Gauthier, *Périssent les colonies plutôt qu'un prince! Contributions à l'histoire de l'abolition de l'esclavage, 1789-1804*).

Los decretos de emancipación rivales promulgados por Sonthonax y Toussaint reflejaban el hecho de que ambos consideraban esencial tal movimiento para lograr el apoyo popular. No obstante, ni el comisionado de la República francesa ni el general negro español tenían la autoridad para promulgar tal decreto, y sus recursos eran demasiado escasos para imponerlo. Ambos necesitaban un respaldo legitimador y un apoyo logístico enorme para hacerlo efectivo. Toussaint no tenía ninguna esperanza de convertir al monarca español a la causa de la abolición. Las ilusiones abolicionistas de Sonthonax —era miembro de los Amis des Noirs y estaba casado con una mujer de color— se vieron radicalizadas por la situación a la que se enfrentó; se llegó a convencer de que únicamente la emancipación inmediata y universal podría salvar a la República de la derrota a manos de los británicos y de sus aliados, los colonos renegados. Envió tres diputados a la Convención en París para asegurarse el apoyo de una República jacobina que aún tenía que comprometerse ella misma, y varios de cuyos líderes de base contemplaban a los esclavos rebeldes como manipulables o realistas encubiertos y a Sonthonax como a un girondino traidor que probablemente estaba confabulado con los británicos. Los estereotipos racistas alimentaban los recelos metropolitanos.

El giro de la República hacia la emancipación sólo se puede explicar por el estallido de la guerra y las oportunidades que ofrecía. Sin la rebelión negra, la República nunca hubiera encontrado su camino hacia el decreto del 16 de pluvioso del Año II. Aunque la decisión no era inevitable. No fue «impuesta» a la Convención, ni se desprendió simplemente como una emanación espontánea del espíritu de la Revolución, como otras exposiciones sugieren. En la presentación de una colección de los escritos y discursos de Robespierre (*Virtue and Terror*, 2007), Slavoj Žižek ha citado recientemente el decreto de emancipación como una de las grandes glorias de la Revolución y una justificación de la severa virtud del Incorruptible. Algo hay de esto, pero la historia es más compleja. Robespierre se contuvo mucho tiempo de defender, o incluso apoyar, la política de emancipación. El día que la Convención aprobó el decreto de la emancipación, Robespierre estaba inmerso en una reunión con dos jacobinos coloniales proesclavistas, Page y Bruley. Mientras que algunos jacobinos atacaban la «aristocracia de la piel», otros despreciaban a los insurrectos negros como títeres de los monárquicos y de los británicos. (Los intentos proesclavistas de enmendar o frustrar la moción de emancipación han sido rastreados por Yves Benot en *Les Lumières, l'esclavage, la colonisation*, 2006. El trabajo de Benot [1930-2006], —un veterano militante antiimperialista y antirracista, y antiguo surrealista que nunca tuvo ningún cargo académico— ofrece el rigor intelectual y la documentación que a veces falta en Sala-Molins.)

Robespierre no compartía las ideas racistas de los jacobinos coloniales, que se escandalizaban cuando la señora Sonthonax presidía reuniones multirraciales en el palacio del gobernador. Sin embargo, parece haber temido que la emancipación general agravara una ya peligrosa situación internacional. Provocaría un rompimiento de relaciones con Estados Unidos, el único alia-

do de la República francesa. Robespierre se había opuesto a ir a la guerra en primera instancia y permaneció hostil a cualquier proliferación innecesaria de los enemigos de la República. El único líder presente en la Convención en el momento en que se aprobó el decreto de la emancipación fue Danton, un instigador primordial de la política de la guerra. (Sin embargo, el papel de Danton fue ambiguo; los verdaderos avalistas del decreto en la Convención fueron los hebertistas.) Sólo dos días después, el 18 de pluvioso, Robespierre pronunció uno de sus más importantes discursos ante la Convención, alguna vez publicado bajo el título de «Sobre la moralidad política». No hizo, sin embargo, referencia directa al decreto. Mientras felicitaba a la Convención por la virtud de la que había hecho gala, apuntó que Francia estaba ya en guerra con Austria, Prusia, España y Gran Bretaña, y cuestionó si éste era un buen momento para provocar a los pocos amigos que le quedaban y amenazar a «todos los gobiernos del mundo».

Algo cambió en los días y semanas siguientes. En lugar de bloquear el decreto, como podía haber hecho, el Comité de Salvación Pública organizó una expedición para llevar la política de la emancipación al Caribe. Dos acontecimientos pudieron haber ayudado a persuadir a Robespierre de que –para reformular una frase célebre– la única forma de salvar las colonias era solidarizarse con el principio de la emancipación. En primer lugar, se confirmó que los terratenientes blancos estaban recibiendo a los ingleses con los brazos abiertos. En segundo lugar, llegó la noticia de que Thomas Jefferson había dimitido como secretario de Estado a finales de diciembre de 1793 y de que George Washington había vuelto la espalda a la política de apoyo a la República hermana (las noticias de los acontecimientos en el Nuevo Mundo tardaban un par de meses en llegar al Viejo). Si Robespierre se había contenido por la *realpolitik* –una extraña pero plausible explicación a su cautela sobre la emancipación–, ahora este motivo había sido anulado. El camino estaba libre para una ofensiva emancipatoria revolucionaria en el Caribe y la consiguiente «cuasi guerra», como se la denominó, con Estados Unidos.

La opción de una ofensiva revolucionaria tomada por la República puede ser presentada como un simple reflejo o como una última jugada desesperada; Sonthonax y Robespierre no tuvieron «alternativa». Sin embargo, Gran Bretaña hizo frente a la derrota en América del Norte sin hacer esta elección. Asimismo, los rebeldes norteamericanos se encontraron en apuros en 1779 sin decidir emancipar a sus esclavos. La ofensiva revolucionaria lanzada por la República francesa en 1794 reflejó e intensificó la crisis de unos hábitos profundamente enraizados de pensamiento racial y reverencia por la propiedad privada. (En el texto anteriormente citado, Žižek llamaba con razón la atención sobre la profunda crisis de las suposiciones habituales asociadas a la Revolución.)

La expedición francesa que llevaba el decreto de emancipación zarpó en abril y retomó Guadalupe a los británicos, tras proclamar el fin de la esclavitud y armar a los antiguos esclavos capaces y deseosos de luchar.

Poco después de eso, se instigó y apoyó una cadena de insurrecciones en las islas de las Antillas Menores y se enviaron grandes cantidades de armas a Sonthonax en Saint-Domingue. Toussaint Louverture abandonó al rey español y Etienne Laveaux, el general en jefe, le nombró general republicano. En menos de un año Louverture fue ascendido al cargo de teniente general de la colonia. Durante un corto pero decisivo periodo –aproximadamente entre 1794 y 1799, con algunas vacilaciones–, la República francesa se alineó con el nacimiento de un nuevo poder que era emancipacionista y negro. Gran Bretaña fue derrotada en Saint-Domingue y perdió unos 80.000 soldados en este escenario, más que en toda Europa en la década de 1790. El hecho de que Napoleón intentara restaurar la esclavitud en 1802 –sufriendo una aplastante derrota en Saint-Domingue/Haití– no convierte la «abolición del Año II» en una «farsa».

No es fácil comprender la postura de Sala-Molins: admira a Toussaint Louverture como general y líder abolicionista, pero Toussaint fue acreditado, ascendido y abastecido por la República. Pudo contar con el apoyo del general Laveaux, del coronel Vincent, de un equipo de secretarios franceses y de los «neojacobinos» metropolitanos de 1797-1799. Fue el intento de Napoleón de revocar la política de la emancipación lo que se tornaría en una farsa sangrienta; y no sólo fue un crimen despiadado y sanguinario, sino una colosal metedura de pata.

Sala-Molins ha escrito un enérgico, si bien en ocasiones autoindulgente, capítulo en la historia de las ideas, y su razonamiento merece ser oído. Yo hubiera preferido menos declamación y más detalle, pero tal tipo de exposición descansaría de todas formas en la retórica, ya que los hechos no hablan por sí mismos. Aún menos lo hacen las víctimas históricas de la opresión. Sin embargo, las ideas están a veces tan enlazadas con los acontecimientos que los últimos tienen que ser investigados atentamente para elucidar su verdadero significado. En el caso de las revoluciones francesa y haitiana, ésta es una tarea particularmente difícil. ¿Hubiera triunfado la última sin la consolidación de un poder emancipacionista en Saint-Domingue? En mi opinión, difícilmente.

Toussaint Louverture y los nuevos gobernantes de la acosada y empobrecida república negra experimentaron con las regulaciones laborales recomendadas por Condorcet y otros escritores franceses. Sala-Molins no se permite a sí mismo ninguna crítica a Toussaint; de ahí que no se enfrente al hecho de que el nuevo régimen laboral que éste respaldó era incluso más draconiano que el de los republicanos franceses. Algunos dirigentes posteriores de Haití también pretendieron perpetuar el trabajo disciplinario, sin resultados a largo plazo. Las razones para ello son bastante simples: tales medidas no eran toleradas por la mayoría de los antiguos esclavos y el nuevo Estado no era lo suficientemente fuerte para imponérselas. Insisto en datos de este tipo porque el surgimiento del emancipacionismo en Saint-Domingue y Haití fueron episodios que habrían completado como es debido el relato filosófico contado por Sala-Molins.

Sin embargo, esto no significa que las comunidades de color y los combatientes que adoptaron la doctrina emancipacionista pusieran sencillamente en práctica las ideas de los *philosophes* europeos. Los dirigentes haitianos intentaron aplicarlas algunas veces demasiado literalmente; pero, a la larga, también las transformaron y las trascendieron.

Resulta impresionante que, cuando llegó la expedición de Napoleón, al principio muchos de los famosos generales negros y mulatos la aceptarían. Tras la rendición y captura de Toussaint, la resistencia quedó prácticamente reducida a los líderes populares. Aunque una sucesión de generales ocupara más tarde el palacio presidencial en Port-au-Prince, la histórica conquista social de la Revolución –una sociedad sin esclavos– no sólo fue declarada en el primer párrafo de la Constitución de la República, sino también en la vigilancia de los piquetes autónomos dispersos por todo el país. Siempre es aconsejable para los historiadores de las ideas prestar atención a las formas de vida que originan y encarnan nuevos conceptos sociales, pero aún más clara y significativamente requiere atención la trascendental conjunción de motivaciones que se dieron en ambas orillas del Atlántico en el caso del notable avance del antiesclavismo en la década de 1790.